

XXXVIII.

“Dioses de las naciones poderosos,
“Serafines y Tronos eminentes,
“Potestades y Príncipes gloriosos,
“Caudillos memorables y valientes,
“Guereros todos fuertes y animosos,
Que habeis en otro tiempo armipotentes,
“La enseña del honor enarbolado:
“¡El día de la gloria es hoy llegado! (6)

XXXIX.

“Desde el momento aquel en que atrevido
“Rompí este vergonzoso cautiverio
“Dó creyera tener envilecido
“Nuestro comun tirano, nuevo imperio,
“Ganar en pro de todos he sabido.
“Ya veis que en el terráqueo hemisferio,
“A pesar del que todo lo gobierna,
“El hombre ante mis plantas se prosterna.

XL.

“Por salvar esa raza miserable
“Nuestro perseguidor se vió obligado
“A enviar el Mesías formidable
“Que en nuestro reino mismo entrárá osado.
“Mas si en aquel momento favorable
“Vuestra audacia me hubiera secundado,
“Yo le habria cargado de cadenas,
“Y aquí participára nuestras penas.

XLI.

“La guerra hubiese entonces concluido:
“Mas tan bella ocasion desperdiciada,
“Vamos á reparar nuestro descuido.
“La Cruz por todo lado es ensalzada,
“Y hace tales progresos que he temido
“En nuestros mismos templos tenga entrada.
“Corramos todos, pues, á combatirla,
“Y pensemos los medios de abatirla.”

XLII.

Así blasfema el ángel orgulloso
De Jesus en aquella noche eterna
Que bajando al infierno victorioso
Con sola su mirada le consterna.
Entonces, mas que todos temeroso,
Buscaba la mas lóbrega caverna,
Y con todo su orgullo se dejára
Que una muger su erguida frente hollára.

XLIII.

Quando con furia y desvergüenza tanta
Su discurso Satan hubo acabado,
El demonio Homicida se levanta.
Su rostro en sangre livida bañado,
Su torcido mirar y voz que espanta,
Muestra en este espíritu malvado
El deseo de muertes que le agita
Y los planes siniestros que medita.

XLIV.

Así en el mar que baña el nuevo mundo,
Enorme tiburón ves persiguiendo
Su presa entre las olas iracundo;
Si esta acaso las alas extendiendo
Se remonta á los aires, furibundo,
Al mirarse burlado, el monstruo horrendo
Lanza de espuma y humo un torbellino,
Que amedrenta de lejos al marino.

XLV.

“¡A qué deliberar! furioso esclama;
“Para acabar con todos los cristianos,
“¿Hay mas medio que el hierro y que la llama?
“¡Dioses de las naciones soberanos!
“Dejad que la ira ardiente que me inflama,
“Se sacie exterminando esos insanos,
“Y bien pronto vereis restablecido
“El culto á nuestros ídolos debido.”

XLVI.

“El Príncipe que el Hado en su decreto
“Destina á gobernar el vasto imperio
“De Roma, á mi poder está sujeto.
“Yo excitaré la rabia de Galerio;
“La sangre correrá en torrente infecto;
“Y por medio del hierro y del cauterio
“Vereis como consumo la victoria
“Que Satan principió con tanta gloria.”

XLVII.

Dice, y todas las ansias del infierno
Se pintan en su cárdeno semblante.
Herido el corazón con mal interno,
Arroja un alarido penetrante
Que estremece los antros del averno,
Un sudor á la sangre semejante
Sobre su frente lívida se advierte
Con la extrema agonía de la muerte.”

XLVIII.

Entonces el demonio del Engaño
Con grande confianza de sí mismo
Se levanta á su vez con aire extraño,
De todos los poderes del abismo
El es quien hizo al hombre mayor daño,
Porque el monstruo engendró del Ateismo
De un incesto nefando con la Muerte.
Su dictámen propone de esta suerte:

XLIX.

“Monarca del infierno: bien sabido
“Os es cuanto aborrezco la violencia
“Que para cosa buena no ha servido.
“La blandara, el discurso, la elocuencia
“El triunfo nos darán apetecido,
“Dejad que yo derrame de mi ciencia
“Los principios y máximas fatales
“Que relajan los vínculos sociales.”

L.

“Hierocles, el ministro predilecto
“De Galerio, en mis manos arrojado,
“Sabrá poner en planta mi proyecto.
“El Ateismo, ese hijo bien amado,
“En mi ayuda vendrá, y con su aire infecto
“Corrompiendo el linaje depravado,
“Obligará al Eterno á que confunda
“Esa raza desleal por vez segunda.”

LI.

Así hablára este espíritu tremendo,
Y todos los demonios aprobaron
Con grande bulla y horroroso estruendo.
Las mazmorras del orco retumbaron.
Las almas de los réprobos oyendo
Tamaña gritería, imaginaron
Que habian sus verdugos discurrido
Algun nuevo tormento nunca oido.

LII.

Al instante, no viéndose guardadas
Ni espectro alguno junto á sí mirando,
Corren todas en turba apresuradas
Al sanedrin diabólico, arrastrando
Sudarios y camisas abrasadas,
Rastros de los suplicios. Penetrando
Por las altas tribuna, toman puesto
Con horrible ademan y fiero gesto.

LIII.

Satan mismo á su vista horrorizado,
Llama luego al Espanto truculento,
La venganza feroz del ojo airado,
Al Dolor y al cruel remordimiento,
La Arpía y al Espectro ensangrentado
Con los demas fantasmas. “Al momento
“Volved, grita, esas almas á las penas,
“Si no quereis os cargue sus cadenas.”

LIV.

Inútil amenaza: al condenado
Se junta la fantasma inobediente,
Queriendo de tan célebre senado
Oir la discusion sábia y prudente.
Un combate quizás ensangrentado
Se podria temer, si de repente
No se viera la mano del Eterno
Que hace el orden guardar en el infierno.

LV.

La sombra de su brazo se aparece
En la pared del cónclave nefando,
Y el tumulto sin mas se desvanece,
Terror igual en todos penetrando.
Al punto mismo el réprobo obedece;
Y Satan con su horrible y negro bando,
Luego que Dios su mano estensa oculta,
Tranquilo vuelve á su infernal consu-

LVI.

A su turno el hablar correspondia
Al ángel del Deleite, en cuya frente
Un rastro de la gloria aun se veia,
Con que brilló en el cielo antiguamente
En los rangos de escelsa gerarquía
Este genio lascivo é impudente,
A quien llaman ya Venus y ya Astarte,
Su consejo declara de este arte:

LVII.

“Deidades del Olimpo: cuán odiosa
“Me sea esta morada del infierno,
“No tengo á qué ocultarlo vergonzosa.
“Bien sabeis que jamas contra el Eterno
“Nutrió mi pecho idea rencorosa;
“Y que solo un amor funesto y tierno
“Me hizo seguir al ángel que queria,
“En su célebre é infausta rebeldía.”

LVIII.

“Mas ya que con vosotros perdí el cielo
“Bajando á estas mazmorras infernales,
“Quiero al menos tener algun consuelo
“Viviendo en sociedad de los mortales.
“Pues ¿cómo soportar sin desconsuelo
“La idea de perder mis celestiales
“Moradas de Amatonta, Pafos, Tiro,
“Reposo del placer, de amor retiro!”

LIX.

“Y ¿cómo consentir que la cruz dura
“Se ensalce entre los mirtos y laureles
“Y los bosques cubiertos de espesura
“Que rodean mis líbricos vergeles!
“Mas ¿á qué son mis gracias y hermosura?
“Sí: yo sé el medio de acabar los fieles
“De los que habeis propuesto bien distinto:
“El triunfo lo tendreis en este cinto.”

LX.

“Con él sabré domar á la doncella
“Y al rígido eremita en el desierto.
“Los celos, el amor, loca querella
“procederán conmigo de concierto.
“Hierócles arde ya con su centella,
“Y en un valle de arcadia he descubierto
“Quien disputando su querida prenda
“El principio será de la contienda.”

LXI.

Astarte estas palabras aun no acaba,
Y se deja caer sobre su lecho,
Sintiendo de la sierpe que ocultaba
El agudo aguijon que hiere el pecho.
El sanedrin en tanto disputaba
Sobre los tres consejos, y á despecho
La Discordia encendia ya su tea,
Cuando Satan perora á la asamblea.

LXII.

“Compañeros, les dice, vuestros planes
“Son dignos del valor y sagaz mente
“De tan cuerdos y bravos capitanes.
“Mas en vez de inquirir el mas prudente
“Con altercados frívolos é inanes,
“Prosigámoslos todos juntamente.
“¿Quién nos quita valernos todavía
“Del genio del Orgullo é Idolatría?

LXIII.

“Yo mismo escitar quiero con mi mano
“La ambicion en el alma de Galerio
“Y la supersticion en Diocleciano.
“Y vosotras, deidades del imperio,
“Un esfuerzo haced todas sobrehumano:
“Corred, volad por todo el hemisferio,
“Escitad en los pueblos ignorantes
“El celo por sus dioses dominantes.

LXIV.

“Haced porque los bosques encantados
“De Dódona (7) y de Dafne nuevamente
“Resuenen con oráculos sagrados.
“El amor y el placer con su aliciente
“Provoquen los deseos inflamados,
“Y con todos los males juntamente
“Hagamos á la Cruz furiosa guerra,
“Que acabe de existir sobre la tierra.”

LXV.

Así habla Lucifer: tres veces hiero
Su trono con el cetro poderoso,
Y tres veces el Cócito trasfiere
Su mugido con eco estrepitoso.
El golpe el Caos lóbrego rehiera,
Y entreabriendo su seno vorticoso.
Deja pasar un rayo de luz pura
“Que un instante ilustró la noche oscura.”

LXVI.

La junta se deshace de esta suerte,
Y luego cada gefe va volando
A la puerta guardada por la Muerte,
La región del suplicio atravesando.
Entre las llamas lívidas se advierte
Pasar la turba inmunda como un bando
De estos pájaros sucios y dudosos
Que dan vueltas en antros tortuosos.

LXVII.

A la entrada del atrio en que reposa
La Eternidad del llanto, está colgada
Una lámpara triste y pavorosa
Con la celeste cólera inflamada.
En esta llama eterna y ardorosa
Satan prende su tea abominada,
Y saliendo veloz del atro imperio,
De un bote se plantó en nuestro hemisferio.

LXVIII.

Luego con esta antorcha el fuego enciende
 Sobre el altar del ídolo nefando,
 Y con nuevos oráculos sorprende;
 La pica se ve á Palas meneando;
 Baco agita su tirso; el arco tiende
 Apolo, el Amor su velo blando:
 A Júpiter se ve en el capitolio
 Con mayor magestad sobre su solio.

LXIX.

El padre del engaño soberano
 Un espíritu pone de mentira
 En cada simulacro del pagano;
 E inspirando su cólera y su ira
 En sus fieras falanges, inhumano
 Todo el bando diabólico conspira
 Con audacia y encono nunca visto
 Contra el trono y altar de Jesucristo.



NOTAS.

Octava XI.

Del antro de Trofonio presuroso

(1) El antro de Trofonio estaba en un bosque cerca de Lebadea en la Beocia. Trofonio era un célebre arquitecto, á quien se atribuye la construcción del templo de Delfos; en reconocimiento de lo cual le concedió Apolo después de su muerte el don de predecir lo futuro. La gruta en que murió vino á ser el sitio de un oráculo que fué uno de los más célebres de la Grecia; pero ninguno entraba en ella sin pasar antes por las pruebas más rigurosas, propias para imprimir terror. Así era proverbial esta frase en Grecia: "viene del antro de Trofonio," para decir que uno está serio y pensativo.

Octava XXIV.

Y principia á sufrir nueva congoja.

(2) Véase en el canto VIII la descripción del huracán que sufrió Eudoro en los desiertos del Egipto.

Octava XXX.

"Estoy juzgado: no aumenteis mis males."

(3) En la vida de S Bruno se refiere que, hallándose este santo en Paris, murió allí un famoso doctor,